

EPOCA DÉCIMACUARTA

Años despues de J. C. 1402.

LIBRO PRIMERO.

INTRODUCCION.

Los descubrimientos.

Si es gloriosa para Europa la época de los descubrimientos, la época del genio iluminando el mundo del Occidente, lo es mucho más todavía para esta España, hija de aquella gran nacion, que en el recuerdo de sus innumerables glorias lleva hoy tan sólo cifrada su venturosa esperanza, en medio de la triste agonía con que viene luchando desde el siglo XVII hasta el presente, siglo de movimiento, de duda y de azarosa reconstrucción social.

La mision altísima de España en esta época y en las siguientes, llena el secreto de la historia, y va, al par que el pontificado, en cuyo espíritu se inspira, en cuanto á la civilizacion y cultura del mundo viejo y del nuevo mundo; es, en una palabra, el Israel de la edad media: sus sacerdotes, sus reyes, sus místicos, sus poetas, sus caballeros, sus heroínas y sus artistas, todos tienden en su elevado espíritu, como las elevadas cúpulas de sus góticas catedrales, á perderse en el misterioso espacio de lo alto, en esperanza de una felicidad sólo realizable, al arte, al dogma y á la ciencia del cristianismo.

Del magnánimo corazon de la reina de Castilla, del sabio pensamiento de cien y cien ilustres filósofos, congregados en Santo Domingo de Salamanca, en los soberbios y espaciosos claustros donde aún se conservarían las variadas figuras del globo, trazadas por manos del ilustre genoves, á no haberlas borrado la bár-

bara, despótica é ingrata mano del genio malféfico y destructor contemporáneo, y del religioso entusiasmo con que en Valcuebo, solitario retiro de los dominicos en las márgenes del Tórnes, acariciaron los hijos del ilustre Santo, descendiente de los Guzmanes, la idea sublime de Colon, nació este providencial movimiento de la vida, y apareció un nuevo mundo para la fe, para la ciencia, para el comercio y para elocuente testimonio de las grandezas de la creacion, nunca bastantemente conocidas y celebradas por la criatura.

Sin que pretendamos desnaturalizar los hechos ni exagerar los grandiosos acontecimientos de la época que narramos, será bien no obstante consignar, que la Providencia entrega á España la nueva herencia, á la nacion que con mayor fe y constancia venia sosteniendo la épica cruzada contra el mahometismo, y engasta la nueva joya á la corona de Castilla, la hija fiel á la Iglesia, y se sirve de un varon tan grande como humilde, cuyas virtudes han merecido la honra de ser consideradas como dignas de perpetuarse en los altares; hechos que mueven el sereno pensamiento á meditar en el plan del Omnipotente sobre las glorias de España en el momento histórico de su fe más viva, más eficaz y más extensa.

Sólo cuando España olvidó su mision civilizadora y cristiana en aquella hermosa region del mundo, es cuando sonó la hora de su de-



cadencia, y cuando los indígenas, hallando mal avenidas la generosa doctrina del Redentor, el lábaro de la Cruz, noble pendon implantado por Colon en el suelo virgen de aquella América frondosa y bella, con el látigo del corsario y del avaro verdugo, empezaron á fundir al hervor de su sangre, ennegrecidas por el fuego de tan bárbara y continuada tiranía, las cadenas de una esclavitud infamante para el nombre de Castilla, no extirpada todavía, con triste pena y profundo sentimiento de los que ante la oracion del *Padre Nuestro* y ante la imágen de *Jesucristo*, no deseamos ver en el mundo sino frentes de hombres redimidos y de hermanos rescatados del poder tiránico, áun cuando para tanta dicha hubieran de mermarse los hipócritas intereses del oro, de la avaricia y del venal mercantilismo, amasado en inocente sangre fratricida. Al lado de las grandes ideas es como sólo pueden engendrarse los grandes hechos. Los que, segun doctrinas de falsa democracia, maldijeron en elocuentes discursos la esclavitud de América, no realizaron, cuando pudieron hacerlo, el triunfo de la libertad cristiana, una prueba más en pró de las grandezas imperecederas del catolicismo, única esperanza de América, como de Europa y del Universo entero.

La España, como poseedora universal de América, ya no vive; su nombre es maldito en el secreto pensamiento de aquella region del mundo; pero más tarde, al considerar que la España cristiana la envía un testimonio de justicia y una palabra de fraternidad, recogerá el eco de su voz amiga y habrá de bendecirnos, ya que del seno de esta patria, tan querida como desgraciada, salieron para los bosques de América los primeros misioneros, los primeros apóstoles de la santa libertad, que con torcido espíritu han desenvuelto despues algunos pueblos de ese nuevo mundo, nacido para la fe y para fraternizar con España, y perdido para España y para la fe en parte por la soberbia de sus dominadores.

Antes de consignar los descubrimientos, debemos referir el espíritu interno de la época, reflejado en el culto, en el arte cristiano y en la propagacion del dogma católico, de cuyas

grandes ideas tan ligeramente se ocupan Cantú, Anquetil y otros, y con tan grande como injusto desden tratan los falsarios de la historia en esta edad, llamada injustamente edad de la razon humana, edad ¡ay! de grandezas tan ciertas, como de locura y soberbia tan tristemente manifiestas, en lo que se refiere especialmente al exámen crítico de esta edad de la vida, de la edad media.

La accion del pontificado no será jamás suficientemente enaltecida en el periodo en que nos ocupamos; instruye á la razon, dirige el sentimiento y prepara días de ventura á los pueblos de la batalladora Europa.

La elevacion que Gregorio VII habia dado á la Iglesia católica en sus relaciones exteriores, obró igualmente sobre el culto, que adquirió un carácter más brillante, más inteligente y misterioso. Desde que las cruzadas habian dado ocasion á los occidentales para admirar los templos de la Grecia y del Asia, procuraron con ardor imitarlos; y por esto las primeras iglesias que se levantaron despues de este gran periodo, en su mayor parte son de estilo bizantino, y su forma es de un navío ó de una cruz, sobre las cuales está elevada una cúpula, para indicar simbólicamente que los fieles encerrados en la nave de Pedro y en la cruz del Salvador, forman un solo cuerpo, que aspira al cielo, tendido como una bóveda sobre su cabeza.

Pero luégo se desarrolló entre los pueblos germánicos una arquitectura todavía más en armonía con la íntimas disposiciones de su alma, y que fué llamada gótica, ó mejor germánica, á causa de una curvatura particular del arco, y de que oportunamente daremos una descripcion minuciosa. El pueblo cristiano en general deseaba con ardor las fiestas de la Iglesia; en 1229 el concilio de Tolosa hizo una larga enumeracion de ellas, y el de Oxford hizo en 1222 una lista más larga aún, y tal que, segun ella, se consagraba la cuarta parte del año al servicio del Señor, pues la piedad de esos tiempos, extraños á los frios cálculos de los nuestros, no temia morirse de hambre ni empobrecerse. El Sacramento del altar, sobre todo, vino á ser como el punto culminante de



la inspiracion religiosa y el centro de todo el culto; y respecto á esto Inocencio III se expresa en estos términos: «Aquí todo es misterioso; de esta única fuente emana una dulzura celestial. En la misa sirven tres lenguas: »la latina, que domina en todas partes; de la »griega hay estas palabras, *Kyrie eleison*; y »pertenecen al hebreo las voces *alleluia* y *amen*: »el objeto es honrar al Padre reconociendo la »divinidad de Cristo, y luégo recordar las tres »lenguas en que fué puesta la inscripcion de la »cruz.» Todos los grandes pensadores se ocuparon en este misterio, y los más grandes maestros de la vida espiritual se esforzaron en despertar disposiciones convenientes en los que participaban de ella. En 1203 el cardenal Guido, legado apostólico, estableció en Colonia el uso de una campanilla para avisar á los fieles el momento de la elevacion, y en las calles cuando se llevase el Viático á los enfermos. También entonces se pusieron en uso los tabernáculos y los viriles (*ostensoria*) para conservar y poner de manifiesto el Santísimo Sacramento. Todas las artes rivalizaron en celo para producir pinturas acabadas, mientras que se celebraba dignamente el adorable Sacramento con himnos inspirados por el amor divino más puro á los fieles hijos de la Iglesia. En España, Bohemia y Polonia, merced á los cuidados de Gregorio VII, las liturgias mozarábica y slavona fueron sustituidas por la liturgia romana, á fin de que ella fuese una prueba pública y universal de la union de todas la iglesias á la de San Pedro. Ya durante la época precedente, un profundo sentimiento de respeto habia inspirado temores sobre las profanaciones que podian originarse de la participacion del cáliz; mas actualmente esta aprension era todavía más general; y como de otra parte los escolásticos más célebres enseñaban la *concomitantia corporis et sanguinis*, á saber, que el cuerpo del Salvador estaba por entero bajo cada una especie, y por lo tanto que se recibia la sagrada sangre con el cuerpo, el antiguo uso del cáliz se hizo cada vez menos frecuente. Hugon, obispo de Lieja, fué el primero que manifestó ese universal sentimiento y profunda veneracion hácia el adorable Sacramen-

to del altar, cuando en 1246 insintuyó una fiesta particular (*festum Corporis Christi*), fiesta que diez y ocho años despues fué autorizada y extendida por toda la Iglesia por Urbano IV y Clemente V. Este último papa hizo observar en el concilio de Viena que el Juéves Santo no era día favorable para semejante solemnidad. La fiesta de Corpus contribuyó de una manera considerable á desarrollar las pompas del culto y concentrarlo más que nunca en el sacrificio de la misa; y para añadir un nuevo brillo, Santo Tomas de Aquino compuso el más magnífico de todos los oficios con sus incomparables himnos. Esta solemnidad era, de otra parte, el objeto de los votos universales, como que era por esta representacion palpable de la presencia real, una verdadera reaccion contra muchas sectas que la negaban. Por el mismo tiempo se estableció la fiesta de la Inmaculada Concepcion, que los canónigos de Lyon celebraron los primeros en Francia en 1140; á ella se opuso alguna escuela, mas los franciscanos la extendieron con rapidez por el pueblo, quien la adoptó con alegría. Varios teólogos, y despues conocidas órdenes, atacaron la verdad dogmática de la Inmaculada Concepcion, de lo cual más tarde surgió una lucha muy viva, lucha que exigió la intervencion de los papas. Esta secreta inclinacion de los fieles en honrar á la Virgen, hizo que se adoptase la fiesta de la Visitacion á instancia de San Buenaventura, la que fué generalizada en 1389 por Urbano VI. Finalmente, en Loreto, cerca de Ancona, y en Zell, en Estiria, la gratitud de los pueblos y las tradiciones piadosas, erigieron magnificas basílicas en honor á María.

Por el mismo tiempo se introdujo la fiesta de la Trinidad, última de nuestro año elesiástico, cuyo origen, muy diferente de las otras, no estriba sobre hecho histórico de especie alguna. Segun el modo de pensar de los siglos anteriores, esta verdad fundamental del cristianismo, recibiendo una consagracion suficiente todos los domingos y en cada fiesta principal del año, no necesitaba una solemnidad particular; con todo, ya desde el siglo XII se principió en algunas iglesias particulares, principalmente en Lieja y en Arlés, á celebrar el



misterio de la Trinidad, como el complemento de las tres fiestas principales, y sobre todo de la de Pentecostés. Fué acogida por los fieles con entusiasmo siempre creciente, y el papa Juan XXII la extendió por toda la Iglesia en 1324, colocándola entre las solemnidades de segundo orden (*festum secundæ classis*).

El brillo de estas diferentes solemnidades aumentó de una manera particular con los magníficos himnos que aumentaron la antigua colección, y son verdaderamente una de las grandes glorias de esos tiempos. Un discípulo de San Francisco, llamado Tomas de Celano, muerto en 1220, nos ha dejado el sublime canto de dolor y de horror del *Dies Iræ*, mientras que otro franciscano, Jacopona, que murió en 1306, disputa a Inocencio III el honor de haber compuesto el *Stabat Mater*, el más hermoso canto inspirado al hombre por el más tierno y puro dolor. De otra parte, aunque la lengua latina se conservó en la liturgia general, como anteriormente, se debe a las cofradías la formación de un cuerpo de cantos religiosos en la lengua vulgar de cada país, y al lado de los himnos latinos adoptados para las grandes festividades apareció una serie de traducciones poéticas, a las que pronto siguieron producciones originales. Conviene notar en contra de los que sólo hacen remontar a Lutero el establecimiento del canto religioso en Alemania, que existen vestigios sueltos desde el tiempo de San Bonifacio; en el siglo XII estos vestigios fueron ya más frecuentes, y un documento de 1323 pone de manifiesto que el idioma germánico estaba entonces plenamente establecido en Baviera para el servicio divino. Pero después que se hubo descubierto la imprenta, apareció una multitud de obras de este género, que aún poseemos. Así que las hay tres de 1494, y otras de los años 1500, 1503, 1507, 1508, 1512, 1513 y 1517, sin contar las que no llevan millar. Encuétranse también muchos cantos religiosos publicados en las colecciones alemanas de canto llano que vieron la luz pública en Ausburgo, en Maguncia, en Basilea y Strasburgo desde 1474. En algunas partes el pueblo obvió a la falta de libros de oraciones con el Rosario, de que hemos hablado antes y al que los domi-

nicos aplicaron luego y extendieron todos los misterios de la Redención, los fundamentos de la fe y el culto de la Virgen Santísima. Después, así que D. Juan de Austria ganó en Lepanto la célebre batalla contra los turcos el mismo día en que los cofrades del Rosario cumplían sus solemnes peregrinaciones y sus particulares devociones para alcanzar la protección del cielo en favor de los cristianos, el papa Pío V, que pertenecía a la orden de los frailes Predicadores, instituyó la fiesta del Santo Rosario, fijada por Gregorio XIII al primer domingo de Octubre, y Clemente XI la extendió por toda la cristiandad.

Nunca faltaron al culto público esos sermones instructivos y enérgicos que lo vivifican y hacen verdaderamente útil, y precisamente al fin de esta época, en 1503, hallamos la siguiente notable observación: «Los sermones contribuyen más que cualquiera otra cosa a la conversión del hombre; le inclinan a la penitencia, por la cual se le perdonan los pecados mortales, mientras que el sacrificio de la misa basta para borrar los veniales.» Entre los predicadores más célebres de estos tiempos, pueden citarse Ivo de Chartres, San Bernardo, Hildeberto del Mans, Godofredo de Burdeos, Gilberto de la Perrée, Abelardo, San Buenaventura, Santo Tomas de Aquino y muchos otros escolásticos, que abandonaron las rigurosas formas de la escuela para instruir al pueblo con el lenguaje más sencillo y propio para esto. La orden de Santo Domingo se propuso por objeto especial la elocuencia oratoria, y Juan de Vicenza la poseyó en el más alto grado hacia 1230, antes de mezclar en ella la política. Ya antes Poulques de Neuilly había agitado todas las poblaciones francesas, y las había empeñado en hacer nuevos sacrificios para reconquistar los Lugares Sagrados. En las cercanías de Ratisbona, el franciscano Bertoldo, muerto en 1272, conmovió los corazones más rebeldes y despertaba en ellos el espíritu de compuncion.

Por aquellos tiempos, no sólo hubo predicadores, sino que se dieron los más sabios consejos sobre el modo de hacer más fecundos en resultados los sermones; así que Alano de Rys-



sel y el abate Guiberto de Nogent redactaron en 1124 tratados sobre el particular, y este último exige del orador sagrado una conciencia pura y una palabra enérgica y seductora, al propio tiempo que un lenguaje sencillo y familiar. Humberto de Roman, muerto en 1277, se conformó con este modelo en su obispado de Viena, y San Buenaventura procuró en su exposición histórica de la Biblia para los predicadores ignorantes (*Biblia pauperum*) destruir toda falsa tendencia del predicador, tuyo único objeto, según él, debe de ser la gloria de Dios y la salvación de los hombres. En los siglos XIV y XV hubo muchos países que parece recibieron una bendición particular bajo el punto de vista de la predicación. En Colonia y en Strasburgo, el místico Juan Taulero hizo una impresión tan sensible en el alma de su auditorio con sus discursos profundos y populares, que todos sus contemporáneos no sabían como describirla. Sin embargo, habiendo notado este orador humilde y popular que su energía en el hablar y hasta su sabiduría eran un obstáculo para que la divina palabra llegase al fondo de los corazones, se apartó del púlpito por dos años, no sólo para meditar en el retiro sobre la vida del Salvador, sino también para ejercitarse en la abnegación. Mas cuando se presentó de nuevo para predicar, le fué imposible soltar una palabra, y con sus lágrimas manifestaba el profundo sentimiento de humildad que le dominaba. San Vicente Ferrer, tan indulgente y afable para con los otros como severo consigo mismo, logró la conversión de muchos herejes con la perfección de su vida y con su elocuencia; además, predicó con tan feliz éxito en tantas y tan diferentes naciones, que se le creyó dotado con el don de las lenguas, y su vida angelical recordaba tan bien la de Jesús en la tierra, que los habitantes de Vannes exclamaron a su llegada: *¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor!*

San Juan de Capistrano ejercía en Bohemia una influencia semejante contra los hussitas, apelando a sus discursos latinos, que luego traducían un intérprete que le seguía en sus excusiones. Por su parte, Jerónimo Savonarola conmovió los corazones con una elocuencia po-

pular llena de imágenes y expresiones sacadas del Apocalipsis. También Gailer de Kaisersberg, muerto en 1510, no sólo llamaba a las almas a la vida interior, si que también atacaba con vigor las locuras mundanas y los abusos de la Iglesia, sobre todo en sus discursos satíricos contra el famoso navío de los locos de *Brand*. Un monje napolitano, llamado Gabriel Barletta, que vivía sobre el 1470, llevó este género de predicación hasta el exceso. Finalmente, a pesar de muchos defectos en la forma, los sermones alemanes de Pelbart, franciscano, tuvieron (1500) la virtud de conmover los corazones.

Hemos manifestado en conjunto que durante esta época el culto adquirió un carácter más digno y solemne, gracias sobre todo a los soberbios monumentos levantados en los siglos XIII y XIV y al perfeccionamiento de todos los ramos del arte, que, nacido a su vez del espíritu fecundo que anima a la Iglesia, merece nos detengamos en él por un instante.

La escolástica en sus nobles especulaciones, y la mística por su tendencia práctica que se llevó a cabo en el arte, contribuyeron ambas a acercar en cierta manera el cristianismo al hombre y a hacersele comprender mejor. Efectivamente, cuando se presenta la verdad desnuda y despojada de toda belleza sensible por el pensamiento, siendo de otra parte abstracta por naturaleza, espanta y aleja al hombre, que más vive por los sentidos que por el espíritu; mas va en pos de ella y se la entrega de corazón y con sus sentidos, cuando, guardando su noble sencillez, se presenta con las formas variadas y seductoras del arte. En este caso, siendo dueña de su corazón, lo es de su vida, porque todas las fuerzas sensibles y espirituales del hombre parten y se concentran en el corazón, y en este fondo misterioso toman su sávia y cualidades. Los símbolos, a la par graciosos y magníficos, bajo los cuales el arte cristiano descubría a la vista las verdades dogmáticas, las formas vivas que tomaba de la naturaleza y de la historia para en cierta manera hacer palpables las ideas religiosas, llamaban la atención de los espíritus y producían un cierto efecto mágico sobre los corazones más rebeldes.